

V.

LUSITANIA Y SU PRIMER CORONEL.

A ruegos del actual coronel del regimiento de Caballería «Lusitania» ha escrito el comandante de Infantería D. José Ibáñez Marín la historia de aquel antiguo Cuerpo, si no con la extensión que en otro caso requerirían los grandes servicios que ha prestado desde las guerras de Cerdeña y Sicilia en la época de su creación, con la brevedad propia de una monografía dedicada á mantener vivo el espíritu militar de un instituto, como todos los del ejército, destinado á enaltecer más y más las glorias de la Patria.

El ejemplo no puede ser más apreciable y útil; y el conde de Aguilar de Inestrillas, hoy jefe del regimiento de Lusitania, al publicar el libro que contiene esa historia, ha tenido un pensamiento y ha ejecutado un acto muy plausibles, porque, honrándole sobremanera, revelan el entusiasmo que le inspiran el rudo oficio á que ha dedicado su existencia y la emulación noble y generosa que debe guiar á todas las clases militares, así en la paz como en las más arduas funciones de la guerra. Porque el espíritu de Cuerpo es el aguijón más agudo, el estímulo más poderoso para, provocando esa emulación, dirigir cada uno sus esfuerzos de estudio y celo, de abnegación y valor, al común y grande objeto de exaltar el renombre de la colectividad de que forma parte y es, como el suyo, el de su propia familia. «*El Espíritu de Cuerpo*, ha dicho un veterano francés del siglo XVIII, es una especie de alma común á todos los miembros que lo componen; es la expresión de mil deseos que se reúnen en uno solo para no hacer sino una sola y misma nación de veinte pueblos diferentes, y de cuantos la mandan, una legión de héroes».

La verdad es que así lo entendían nuestros antecesores en el Ejército al establecer en los cuerpos que lo formaban los ascensos de las clases y la sucesión del mando, con lo que se creía alcanzar el perfecto y mutuo conocimiento de jefes y subordinados, la confianza entre ellos para los casos de peligro y el sagrado inte-

rés común de su gloria que forzosamente habría de redundar en la general de la Patria. Y á ese mismo pensamiento obedecía el de dar á cada Cuerpo uniforme distinto, con lo que podía apreciarse en el campo de batalla la acción de cada uno, provocando en todos el deseo de no quedar atrás en el desempeño de los servicios que les encomendaban sus generales.

¡Cuántas acciones heroicas no se deben á esa idea, desatendida después en las organizaciones que se ha creído deber dar á las diversas armas del Ejército!

No es ésta ocasión de exponer los motivos de tales transformaciones como han sufrido nuestras tropas hasta su actual constitución. Eso correspondería á otro Cuerpo consultivo, el del ministerio de la Guerra, que cuenta con medios sobrados para informar sobre ese género de asuntos. Sin embargo, nuestro ilustre Director me ha encargado de dar cuenta á la Academia del libro del Sr. Ibáñez Marín, y voy á ofrecérsela en cuanto se refiera á nuestro instituto y quepa en mis escasas fuerzas.

El libro solo cuenta 125 páginas en 4.º, de letra, eso sí, bastante concentrada para contener en ellas la historia, ya he dicho que breve, del regimiento de Lusitania, pero con cuantos datos y consideraciones pueden servir á su conocimiento y al de los servicios que han valido á sus estandartes el mote y los emblemas que los han decorado. Yo no debería decir aquí nada del creador de ese Cuerpo, uno de los más brillantes de la Caballería española, y eso, en un tiempo en que ésta pasaba por la mejor de Europa; tales fueron su disciplina, su instrucción y sus heroísmos en aquellas campañas de Sicilia y la alta Italia, si provocadas por la desapoderada ambición de la segunda mujer de Felipe V, y si desnaturalizadas por la intervención de la corte de Versalles y sus ejércitos, mantenidas por los españoles siempre con honra y para gloria de sus armas. Nuestro insigne colega D. Antonio Cánovas del Castillo, en la magistral Introducción á las Memorias del Marqués de la Mina, consigna ese mismo concepto al decir: «Muy numerosas y muy variadas fueron también las resoluciones tomadas por el Gobierno de Felipe V antes de crear la irresistible caballería de Almansa, Gudiña y Villaviciosa, la excelente infantería y sin par caballería que pelearon luego en

Sicilia, Nápoles y Lombardía». Y pocos serán los que se atrevan á competir con aquel nuestro antiguo Director en eso de aducir datos para esclarecer sus opiniones, en aquilatarlos con su superior erudición y clarísimo talento, y exponerlos y comentarlos con frases más elocuentes. Así es que pueden darse las que acabo de transcribir por incontestables, lo mismo que las con que comienza la biografía del insigne general. Dice así: «He dicho antes ya que no falta quien apasionadamente niegue la gloria ganada entonces por los ejércitos españoles; pero la verdad es por *Memorias* de la Mina patentizada, que desde el siglo y medio no completo en que por universal dictamen los voluntarios soldados de España constituyeron la mejor tropa del mundo, ninguno de los ejércitos de esta nación ha igualado en esfuerzos y pericia á aquellos que, con mayor ó menor acierto, envió Felipe V á pelear y vencer, ahora en Melazo y Francavilla, ahora en Bitonto, un día en la Madonna del Olmo sobre Coni, y otro en Camposanto de Basignana, y á ser rechazados con tanta honra militar como ante las trincheras austriacas de Plasencia».

No extrañará la Academia que sus individuos militares se detengan en los informes que les sean encomendados sobre asuntos históricos de su profesión, más y sobre todo en las circunstancias actuales de nuestro país, á recordar glorias de sus predecesores, por si sucesos infaustos, que son los primeros en deplorar, logran entibiar el espíritu público respecto á una carrera que es y tiene siempre que ser la base más sólida de la grandeza de las naciones, por más que no son ni constituirán tales sucesos sino uno de esos puntos de espera que España ha sufrido y, como siempre también, aprovechará para reponerse de sus reveses, rehacer sus fuerzas y prepararse á nuevas y afortunadas lides. Con lapso de algunos años después de esas campañas en que, según acabo de consignar, tan merecida gloria adquirió el Ejército español, vino la guerra contra la República francesa, y la campaña de 1793 reveló que nuestros soldados del Bidasoa, y los del Rosellón principalmente, á las órdenes del general Ricardos, no desmerecían en nada de los de Italia á las del Marqués de la Mina; prueba la más elocuente de que es el gobierno de las armas el primer agente, el más eficaz para el logro de la victoria.

Surgiera un hombre de entre las filas de nuestro Ejército, y veríais reformarse la organización de los Cuerpos militares, cómo adquirirían acabadamente la disciplina hoy indispensable en instrucción y práctica, restablecerse su moral, fuerza la mayor para el ejercicio de la guerra, y corresponder en ella, si se provocara, á los sacrificios que el país hiciera y á la confianza que depositase en el genio feliz que hubiere de dirigir las masas por él organizadas, aleccionadas y dispuestas para el combate. El material es inmejorable. El soldado, no porque lo digamos los españoles, sino que lo confiesan y lo han proclamado todos los hombres de guerra más distinguidos de Europa, es el primero del mundo por su valor, su energía, sobriedad y abnegación patriótica como instrumento, sobre todo, para la defensa de la independencia nacional, hijo de la raza que supo mantenerla incólume ante el que había vencido á las más robustas potencias militares de su tiempo y sometídotas á su imperio. Del oficial ha habido una idea muy errónea, así dentro como fuera de España. Pero si las guerras, y especialmente las civiles, al exigir un aumento desproporcionado de tropas, han traído á las filas elementos nuevos é indoctos, ajenos á todo género de instrucción militar, tan numerosos que, formando mayoría, han dejado así como desatendidos y en la obscuridad los antiguos que constituían el meollo, la verdadera esencia de la institución genuina de nuestra Milicia, no por eso ha dejado ésta de dar frutos que la honraron en otro tiempo y ahora mismo la honran ante las gentes pensadoras é imparciales. La honraron los Mendozas y Colomas, los Villalobos, Lechugas, Verdugos y Medranos, tan grandes capitanes como eminentes comentaristas ó historiadores, maestros de ciencia militar ó de la diplomacia y política de la guerra; y cualquiera que se detenga á observar el estado de cultura á que ha llegado la oficialidad del Ejército, se convencerá de que en nada desmerece del anterior, así en sus manifestaciones científicas como en las literarias, en las que revelan sobre todo el estudio de la ciencia histórica á que se refieren los de esta Real Academia. Aun no queriendo referirme sino á quienes há tiempo que abandonaron este mundo de miserias, desatendidos de los que pretenden adjudicarse el derecho de representar la opinión general dentro de la república de

las letras patrias, conocéis el mérito sobresaliente de las obras que se os han presentado en nombre ó memoria de los generales Sandoval, Almirante y San Román, en las de Villamartín, Vidart, Coello y muchos otros que han revelado en las suyas talentos excepcionales. Y por no herir susceptibilidades cometiendo olvidos injustos, no citaré los trabajos sin número que están saliendo cada día á luz, no solo referentes á las ciencias y al arte de la guerra, sino que también á las bellas letras en su sentido más amplio, fruto del talento y de las aptitudes de nuestros oficiales y aun de las clases de tropa; que no ha de haber degenerado en unos y otras, por lo estrecho de la religión militar, el estro ardiente que siempre ha distinguido á nuestra raza. No hay, además, sino asistir á una sesión de las del Centro Militar de esta Corte, donde se da enseñanza sobre todos los ramos científicos, literarios, de higiene y destreza militares, para comprender cómo se trabaja en nuestro Ejército por no perder el tan decantado equilibrio de las armas y las letras en sus filas.

Pero si fuera necesario aducir nuevas manifestaciones de cómo el Ejército español, sin olvidar su honroso abolengo, camina á la regeneración que exigen los adelantamientos modernos y el ejemplo de las demás naciones, atentas á los peligros que amenazan turbar la paz del mundo, ahí está el libro á que este informe se refiere, no por la doctrina que en sí contenga, por sana y útil que sea, como haré ver inmediatamente, sino por la intención que revela, de exaltar la emulación en los cuerpos y promover y excitar así el espíritu militar fortificando más y más su moral, más fuerte ésta que los cañones y fusiles, las espadas y lanzas, que la tormentaria toda de los ejércitos.

Mucho sentiré haberme enajenado la benevolencia de la Academia, tan indulgente siempre conmigo, con tan enojosa como larga disertación en defensa de las clases militares, cuya cultura—hay que declararlo—no ha sido generalmente apreciada en su justo valor y menos en su extensión: lo sentiré y lo siento ya ahora; pero creo haberme limitado á los términos que de mí exigían la justicia y mis deberes de Soldado y Académico.

El Sr. Ibáñez Marín revela el principal objeto de su libro en las primeras líneas. «Añeja, dice, en mí es ya la creencia de que el

Ejército, el cuartel y el campamento, deben constituir escuela de vigorización nacional, en su cabal sentido de formar patriotas robustos de voluntad y de cuerpo, hombres de virtudes sociales, amadores é interesados en el auge de la cosa pública, que luego de su servicio en filas irradien en el seno del país los más vigorosos y levantados sentimientos, viniendo á ser un vivero de ciudadanos que con sus ideales contribuyan á rehacer el Estado, cual levantaron de caídas y tristezas mayores á otros pueblos de Europa sus hijos beneméritos, elevándolos al más alto grado del poder, de la riqueza y de la gloria». Y tomando por modelo, aunque por indicación de camaradas y amigos suyos, el regimiento de Lusitania, de nombre tan preclaro en la Caballería española, se dedica, no solo á celebrar sus gestas, tan brillantes como muchas, sino que á deducir de ellas lecciones que muestren á los demás Cuerpos el camino que deben seguir, si ya no lo tienen recorrido, para alcanzar fama igual é igual influencia en los destinos de su arma.

Tratándose del regimiento de Lusitania, claro es que hay que apelar á las Memorias de su primer coronel, conde de Pezuela de las Torres, al tiempo de crearse aquel Cuerpo, y después Marqués de la Mina, prócer celebérrimo por sus servicios en el ejercicio de la política, de la diplomacia y, más que en todo eso, en la de las armas, sin más rival en su siglo y España que D. Antonio Ricardos, el vencedor en el Rosellón de diez generales en jefe; «todos ellos vencidos, he dicho en otra parte, con circunstancias tan humillantes para la *Gran Nación*, que uno hubo de suicidarse, dos fueron á parar á la guillotina, de la que libró á otro el 9 Thermidor, y los demás reemplazados voluntaria ó forzosamente en vista de lo infructuoso de sus esfuerzos, de la torpeza de sus operaciones ó de lo decisivo de sus reveses».

Al acudir á los escritos de la Mina hay necesariamente que inspirarse en la Introducción que los precede, trabajo singularísimo de D. Antonio Cánovas del Castillo, y que la catástrofe de Santa Águeda hizo quedase inacabado. El comandante Ibáñez Marín lo hace así; y para no privar á sus lectores de los frutos de tanta erudición, de criterio histórico tan juicioso y de las galas oratorias del insigne estadista que así las derramaba en sus inol-

vidables lucubraciones, saca de él la *Biografía del Marqués de la Mina*, último rasgo de un prólogo tan erudito, tan concienzudo y elocuente que hicisteis se guardasen sus cuartillas autógrafas en el archivo de la Academia. No hace lo mismo el Sr. Ibáñez Marín con los escritos del primer coronel del regimiento cuyo elogio se ha propuesto; porque el sabio narrador de las campañas de Sicilia y Lombardía, al tratar de la de 1744, reduce su crónica y sus comentarios á modestísimas proporciones, y el autor del libro, en cuyo informe me ocupo, necesita, en honra de aquel Cuerpo militar y de su heroico jefe, tomar en cuenta noticias y polémicas posteriores, muy importantes bajo el punto de vista histórico y más todavía bajo el de la estrategia, tan discutida al aplicarla á las varias invasiones de la alta Italia. Y si este segundo punto queda en la obra del Sr. Ibáñez Marín para ser tratado mucho más adelante, es por la importancia, en mi concepto justísima, que da á la temeraria empresa de atacar al ejército sardo por el camino que se supone haber recorrido Aníbal, y más tarde el mismo Napoleón, aunque éste en muy distintas condiciones que en 1796 al tomar el del valle de Aosta.

La batalla de la Madonna del Olmo, consecuencia de la variación de plan en aquella campaña trastornando el del Marqués de la Mina, pone tan alto el nombre del regimiento de Lusitania, que no es de extrañar que el Sr. Ibáñez Marín la describa en primer lugar y con detalles que su prócer y sabio comentarista creería deber economizar, así por tratarse de la conducta de un Cuerpo, hechura, podríamos decir, suya, como de la que él mismo observara, contrapuesta á la de Conti, inspirada, más que en principios militares, en los celos que le producía su situación y en los exclusivismos de la corte de Francia. El autor del libro de que ahora se trata, después de anunciar el cambio del camino para la invasión de Italia y describir la marcha del ejército galoespañol á través de los Alpes, cuyos pasos para entrar en Piemonte puntualiza; después de enumerar los puestos ocupados en las cumbres de aquella altísima cordillera y fijar la dirección de los valles por donde se desciende al del Stura que guardaba el enemigo cubriendo la fortaleza de Coni, primer objetivo de la irrupción; después de presentar el cuadro de las fuerzas con que

contaba el rey Carlos Manuel, el de las posiciones que ocupaban y maniobras á que las de los aliados les obligaron, las hace llegar á aquella plaza, á cuya inmediación se reñía el 30 de Septiembre de 1744 la batalla de la Madonna del Olmo, tan célebre en los fastos del regimiento de Lusitania.

No voy á detenerme en la descripción de aquel combate, lacónica con exceso en las Memorias del Marqués de la Mina, explicando la escasez de sus resultados con decir que se perdió la ocasión de destruir completamente al enemigo, «porque, según él, es un monstruo desreglado cualquier cuerpo de dos cabezas, y si hubiéramos sido todos Españoles ó todos Franceses, liberta el rey de Cerdeña su persona con muchos sustos y de su ejército pocas reliquias».

No es más explícito, lo es aún mucho menos, el conde de Clonard en la historia de Lusitania; á pesar de haber antes consignado que se premió el comportamiento de aquel Cuerpo, como estos días se ha hecho en parte, con el uso, que se le concedió, por distintivo en las boca-mangas de la casaca, de tres calaveras cruzadas con huesos en divisa negra, blasón fúnebre que hizo se le conociera también por *Dragones de la Muerte*. La descripción que nos hace el Sr. Ibáñez Marín, acompañada de dos planos de la época, no sacados, por cierto, de entre los de la Mina, es más extensa y abraza las principales peripecias de la acción, cuyo apunte ha sacado de las variadísimas versiones que han legado los escritores de la época, testigos ó no, nacionales ó extranjeros, contradictorias, como es de suponer, según el lado á que pertenecían de los beligerantes. Hé aquí cómo describe mi entusiasta compañero de armas el ataque más interesante en que tomaron parte los Dragones de Lusitania: «Por el trasiego, dice, y la desorganización del orden inicial de la batalla, un tanto embarullada con la saca de unidades de la izquierda, á medida que lo demandaban las necesidades del combate, Carlos Manuel lanzó á Palavicini sobre el punto donde se hallaba el regimiento Lyon-nais, entre la infantería española y una de las casas fortificadas que poseíamos. Merced al empuje del ataque cieron algunas de nuestras unidades, y ante el peligro de que la línea quedara rota por aquel lado, se hizo avanzar á los dragones de Lusitania y de

Numancia que se habían concentrado hacia Peña Roca, después de su primitiva instalación: «les deux régiments de Dragons, copia Ibáñez Marín de Saint-Simon, s'avancèrent à toutes jambes...» pero las cercas y las acequias desordenaron su avance y el fuego de mosquetería de los asaltantes les hizo desviar hacia la izquierda. Buscando entonces sus puntos por donde embestir por su derecha á las columnas italianas que avanzaban sin cesar, se deslizaron por cerca del camino de Tarantasca; pero entonces sufrieron el fuego de cañón y mosquetería de la línea piemontesa, que algunos piquetes de Lusitania quisieron rebasar llenos de un ardimiento más ciego que provechoso, y no realizándolo, por la existencia de los caballos de frisa, que acabó por desbaratarlos, viéndose «contraints de se retirer dans le plus grand desordre et avec perte extraordinaire».

Y añade en seguida: «Así era, en efecto; los dragones habían quedado deshechos. Lusitania, por el ardor febril de algunos Oficiales, de *casta y sangre asaz linajuda* (esto subrayado), se encontraba literalmente destrozado; pero el heroísmo de estos dos regimientos había sujetado á los piemonteses, permitiendo además que el general D. José Aramburu llegase á la Madonna con infantería de refresco, que, al igual que la caballería, había ido acudiendo desde la izquierda y segunda línea de los aliados».

La jornada, ya lo he dicho, no fué lo fructuosa que hacía esperar á los franceses, de quienes era el plan de aquella invasión, para hacerse dueños de Coni, plaza que fué socorrida por los piemonteses; regresando los aliados, aunque con mil dificultades, á sus anteriores campos; los españoles á Saboya y el Delfinado. «Las disensiones entre los jefes aliados, sigue diciendo Ibáñez Marín, las privaciones y fatigas, el desaliento y la desertión en la soldadesca, todo contribuyó á apresurar el levantamiento del sitio de Coni y á emprender la retirada, que se realizó sin perder un hombre ni el menor efecto de parques ó equipajes, «porque no hicieron los enemigos, según la Mina, lo que podían y debían en los estrechos desfiladeros de los Alpes, que nos hubiera costado mucha sangre antes de conseguir el terreno de Francia».

Y allí aparece unido al marqués de la Mina el famoso mariscal Maillebois, las Memorias de cuyo hijo han servido al general

Pierron para quitar á Napoleón el mérito del pensamiento de invadir en 1796 la Italia por el Genovesado.

Sería trabajo largo, y en esta ocasión enojoso, el de entrar aquí de lleno en la polémica provocada por el erudito general francés autor del folleto titulado: *¿Comment s'est formé le génie militaire de Napoleon?* Pierron atribuye á Maillebois haber sido el que dió al nuevo César con sus escritos, guardados en el Ministerio de la Guerra, la idea de invadir el Piamonte por donde lo hizo en el año acabado de citar, suposición que seguramente no habría mantenido de conocer la historia del Marqués de la Mina y de sus operaciones al principio de su campaña de 1744 en Niza. Allí se vieron después el Marqués y Maillebois: ¿por qué no ha de suponerse que quien ya había comenzado, y con fruto, aquella invasión meses antes, inspiraría al general francés la idea que luego transmitió su hijo en las Memorias consultadas por Napoleón? Lo de esa consulta y la de cuantos libros y documentos existían en el Depósito de la Guerra francés no significa nada; porque ningún general en jefe sale á campaña sin antes proveerse de cuantos datos se refieran á la geografía, la estadística y la historia del país en que va á operar. ¡Feliz el que logra inspirarse en el pensamiento más práctico y ventajoso de cuantos halla y estudia al examinar los que se le ofrecen! Napoleón en 1796 tuvo esa inspiración ó esa fortuna; pero no por eso ha de creerse que haya de considerársele como *discípulo aprovechado* de Maillebois, general á quien la corte de Versailles hubo de relevar del mando por su inhábil conducta en Plasencia.

De modo que en lo que no cabe duda es en que, antes de poder Maillebois consignar su plan de invasión en Italia por el Genovesado, lo había puesto en práctica el Marqués de la Mina, quien si no lo llevó á término fué por imposición del generalísimo príncipe de Conti, apoyada por su soberano. Ibáñez Marín discute el asunto largamente para no dejar duda alguna en el aire de su tema en favor de la Mina, y acaba así su en verdad concluyente argumentación: «Y no haya más sobre las dos campañas alpinas, pues por lo expuesto salta á la vista con trazo vigoroso que Mina vió la invasión con la propia claridad del gigante corso, por cuanto éste la marcó por suya y no titubeó en

adoptarla. Con lo cual, hay que repetirlo como homenaje al caudillo sin par, en nada se merma su fama inmortal, como en nada se disminuiría la reputación poética de nuestro Ercilla porque se averiguase que alguno de sus cánticos briosos tenía el sabor y el corte de tal cual estrofa lanzada al mundo por cualquier poeta chirle y deslabazado, ó siquiera fuese de laya más encumbrada y rozagante».

Al capítulo VII, en que se trata ese punto de tan interesante discusión, sigue el que en el trabajo del Sr. Ibáñez Marín se titula *Los Dragones*, en el cual no me detendré, ya que la caballería moderna, aun conservando en parte la nomenclatura distintiva de sus institutos tal como antes se diferenciaban, se atiende en substancia al espíritu que inspira á nuestro sabio general Almirante este párrafo de su monumental *Diccionario* en la palabra misma que acabamos de enunciar. «El resultado de todo, dice, es que los DRAGONES han existido como «nombre», pero no como «cosa», así como en nuestros tiempos hemos visto CORACEROS sin CORAZA, y regimientos llamados de Infantería ó Caballería LIGERA, solamente por el color de los vivos del UNIFORME». Y aun cuando en ese párrafo se descubra algo del humorismo que priva en los escritos de mi incomparable colega, no deja de poderse observar el genio también práctico y realista de sus ideas militares, las que le han valido la admiración de sus lectores en el Ejército.

El Sr. Ibáñez Marín tenía que dedicar un capítulo de su obra al instituto en que nació el regimiento de Lusitania, creado por el que pudiérase llamar su ídolo, el valeroso y sabio Marqués de la Mina, la impresión de cuyas MEMORIAS MILITARES absorbe ahora la atención de cuantos aman y estudian todo lo que se refiere al arte de la guerra.

¿A qué entrar tampoco en lo que el Sr. Ibáñez Marín llama EL HISTORIAL DE LUSITANIA? Sería el de batallas y batallas de las infinitas en que ese Cuerpo lució el valor y la gallardía de sus oficiales y soldados. Distinguióse el nuevo regimiento de Pezuela de las Torres en Portugal y Cerdeña; pero sus más notables servicios tuvieron comienzo en Sicilia, donde los campos de Melazzo y Francavilla fueron el 15 de Octubre de 1718 y el 20 de Junio de 1719 escenarios de dos de los más reñidos combates de las

armas españolas contra las germanas que nos disputaban la posesión de aquella isla. En ambas á dos tomó Lusitania una parte principalísima unido en Francavilla con los demás dragones de Batavia, Frisia y Edimburgo que, pie á tierra, desempeñaron el doble servicio de su instituto «é inundaron de balas, como dice nuestro autor, con fuego fijante, el barranco por donde repasaban los imperiales, reemplazando así á la cansada Infantería».

Podríamos aquí enumerar cien otros combates en que tomó parte Lusitania, y que Ibáñez Marín narra con la detención que es de suponer en el objeto de su obra, y con el criterio esencialmente militar y la elocuencia que le son propios. Con menos detalles después, según cada asunto particularmente lo requiere; continúa describiendo las campañas de Italia y los servicios prestados por el regimiento de Lusitania, en Ceuta, con el célebre Cereceda á su cabeza; en Gibraltar, con el conde de las Torres; en la campaña de 1744 coronada con los laureles de la Madonna del Olmo, y en las sucesivas de Codogno, del Tidone y la Bocheta, en que terminó aquella dilatadísima guerra. No acabaron, sin embargo, allí los servicios del regimiento de Lusitania, que el Sr. Ibáñez enumera ya tan rápida como sucintamente, sin duda por ser más conocidos de la generalidad de sus lectores. Por fin, después de citar tan solo, por eso mismo, los nombres de Masdeu en Rosellón, y de Tamames; de la Cuesta del Madero y de la Albuhera en nuestra gloriosa lucha de la Independencia, acaba así el autor el Historial objeto del capítulo ix de su obra: «Mezclado anda Lusitania en las luchas civiles que, para perdición de todos, ensangrentaron nuestro suelo durante la xix centuria, no cabiéndole en suerte el haber tomado parte en el remanecer gentilísimo de Africa el 1859-60».

«Y al terminar ese siglo de tan amargas enseñanzas para la Patria y para su Ejército, marcha uno de sus escuadrones á la triste guerra de Cuba, gastando allí estérilmente su entusiasmo y su sangre para contener el desmoronamiento de un imperio colonial que no supieron administrar ni atraer las medidas de los estadistas metropolitanos, y que al cabo cayó con estrépito y ruina, sepultando entre sus escombros la obra de una raza que descubrió y civilizó aquel Nuevo Mundo, el brío de cien genera-

ciones, la leyenda de muchos siglos, el alma, en fin, de un pueblo rebotante de virilidad, bueno y abnegado, que perdió su orientación y su política al desaparecer, en los albores del Renacimiento, su dinastía solariega».

¡Grito de indignación; desahogo de la tristura fundadísima que invade el corazón de todo patriota al contemplar el estado de nuestra Patria, tan envidiada antes, tan admirada y temida, hoy envuelta en las tinieblas de un porvenir misterioso que Dios, empero, rasgará para que vuelva á lucir el sol de nuestra vieja España!

El Historial del regimiento de Lusitania podía tener dos objetos en la mente del Sr. Ibáñez Marín: el de exaltar las glorias de Cuerpo tan benemérito y principalmente el de su primer coronel, de quien mi ilustrado compañero de armas se muestra admirador apasionadísimo. No lo soy yo menos, y bien lo revela el informe que en 1882 presenté en esta Academia rogándola recomendase á nuestro Gobierno la conveniencia de publicar las *Memorias Militares* del heroico prócer, que hoy debemos al desprendimiento, verdaderamente patriótico, del general Marqués de San Román. Aquel *fuego sagrado* en que están templados los comentarios de La Mina, inspirados en principios que, aun siendo los más sanos en que se basa el arte de la guerra, trascienden á los aromas salutaríficos de la moral militar, más eficaces, ya lo he dicho, que los ingenios todos de la tormentaria, entusiasman, digo poco, enloquecen al Sr. Ibáñez Marín á punto de no deberse extrañar el calor que imprime á su voz y á su pluma al dar á sus oyentes ó sus lectores cuenta de los diversos efectos que producen en su ánimo tan magistrales lecciones. Lecciones, sí; no solo de un orden material en cuanto al manejo de las armas, una vez á punto de cruzarse con las del enemigo en los campos de batalla, sino que preferentemente en el orden psicológico; arte difícil pero necesario, porque solo conociendo el corazón humano y los resortes que han de tocarse para levantarlo hasta poder exigir de él los sacrificios más sublimes, se llega á manejar esas masas que se ofrecen á la muerte con el mayor entusiasmo, excitado á veces por una palabra y hasta con un gesto. Díganlo, si no, sus conferencias en el Centro Militar, adonde acuden bisoños y veteranos ansiosos de oír su voz siempre brillante y conmovedora al recordar las haza-

ñas de nuestros mayores y fijar los motivos de sus victorias ó de sus revéses. Autor de varias obras, de arte ó anecdóticas, ha recogido en sus estudios y viajes por todo el mundo, que pudiéramos llamar militar, desde Gibraltar á San Petersburgo, lo mismo que en Africa y América, donde ha hecho la guerra, siempre observando, comparando y comentando los elementos científicos y experimentales más sólidos para crearse la vasta erudición y la práctica que le distinguen.

Y digo esto é insisto tanto en la revelación de estas cualidades del Sr. Ibáñez Marín á esta nuestra Academia, porque, y ya lo he dicho repetidamente, no ha trascendido al mundo literario todo lo que debía trascender la labor en ese ramo del saber humano de nuestras clases del Ejército, merecedoras de mayor atención y de estímulos más generosos que los que las prestan y conceden, la opinión de una parte y el Gobierno por otra.

La obra del Sr. Ibáñez Marín que aquí examinamos no concluye en el capítulo ix á que me he referido en último lugar, pues que aún abraza otros dos: el uno, en que reseña los servicios del Marqués de la Mina, posteriores á sus campañas militares, en el mando especialmente del Principado de Cataluña, en el que los prestó eminentes hasta el 25 de Enero de 1767, fecha que señala el notable cenotafio que los barceloneses le levantaron en el templo de San Miguel del Puerto, y de que se nos da en el xi, que es el postrero, una fotografía dedicada á honrar la memoria del perinclito primer coronel del regimiento de Lusitania.

He examinado y descrito en cuanto le es dado á mis cortas aptitudes y á la flaqueza de la senectud que me agobia el libro inspirado al comandante de Infantería D. José Ibáñez Marín por el hoy último coronel de Lusitania y su brillante oficialidad, si buscando la notoriedad de las brillantes gestas de sus antecesores en el regimiento, dando á otros más su ejemplo para más y más fortalecer el espíritu de cuerpo en su arma.—Creo también haber hecho conocer el notable desempeño de tarea tan ardua y estimable, y acabaré rogando á la Academia manifieste á su autor el aprecio que le ha merecido.